

Miguel Rivera Dorado

Notas sobre economía prehispánica de Esmeraldas, Ecuador

Pretendemos esbozar algunos de los resultados hacia los que tiende la elaboración actual de los datos obtenidos en las seis campañas de excavación y exploración de la Misión Española en Esmeraldas. Nuestras sugerencias sobre la economía prehispánica de la región investigada se resumen en el papel central que debió jugar La Tolita, y posiblemente más tarde Atacames, en la organización de un sistema productivo y una red de relaciones comerciales que dieron lugar al surgimiento de fases culturales bien diferenciadas con un nivel de desarrollo semejante al de las manifestaciones manabitas o de la zona del Guayas. Contrariamente a estas últimas, situadas en un medio mucho más favorable, pensamos que el peculiar proceso esmeraldeño encuentra su justificación en la integración y complementariedad de los subsistemas económico, político y religioso, y en la especialización socio-económica de algunos asentamientos. Exploraciones intensivas entre el río Esmeraldas y la frontera colombiana ayudarían a perfilar decisivamente el somero esquema, que puede ser la base de un futuro modelo, aquí presentado.

Al finalizar los trabajos de campo que la Misión Española en Hispanoamérica ha venido desarrollando durante seis campañas consecutivas en la provincia de Esmeraldas, en la costa norte ecuatoriana, es quizás el momento de ensayar una síntesis integradora sobre algunos de los temas



que el proyecto de investigación en conjunto se proponía abordar (véase Alcina 1973). Es claro que las notas que incluimos en este trabajo sufrirán nuevas revisiones a medida que los materiales obtenidos en las excavaciones terminen de ser analizados en el Laboratorio de Arqueología Americana de la Universidad de Madrid. No obstante, nos ha parecido oportuno mostrar en qué grado los datos con que contamos en la actualidad se ajustan a las hipótesis previamente elaboradas, y en las que, para la zona seleccionada, en un ecosistema de tipo tropical, se postulan desarrollos culturales que alcanzan niveles de aparente urbanismo o de relativa complejidad socioreligiosa (Alcina 1973: 59; Alcina y Rivera 1971; Rivera 1972).

Durante los trabajos de campo se procedió a la exploración de más de cien sitios arqueológicos, y a la excavación de los lugares llamados Balao, La Propicia y Atacames (Fig.). La selección para la excavación intensiva tuvo en cuenta la diversidad ambiental y la apariencia formal de los diferentes yacimientos. En efecto, Balao se presentaba como el modelo de un patrón de asentamiento disperso a la orilla del mar, en las elevaciones que bordean uno de los muchos esteros de la zona. La Propicia podía ejemplificar el tipo de adaptación a un nicho fluvial en el interior, dada su localización en la confluencia de los ríos Tiaone y Esmeraldas; y Atacames parecía, por el número y la ordenación de las "tolas" o montículos artificiales, un ensayo de colonización semiurbana de un medio de caracteres mixtos, cara al mar pero también con fáciles accesos a los recursos de la selva cercana. La investigación confirmaría más adelante estas primeras impresiones. Cada uno de los sitios excavados ofreció, no sólo manifestaciones culturales singularizadas, sino datos cronológicos que los situaban en fases o períodos distintos de la evolución prehispánica de la región. El sitio más antiguo era La Propicia, con cinco fechas de radiocarbono que cubrían desde el año 50 de nuestra Era (CSIC 240) hasta el 260 de nuestra Era (CSIC 241). Balao se situaba entre el 940 y el 1370 d.C., y Atacames para esta fecha final era ya un lugar densamente poblado que perduraría hasta el momento del contacto con los españoles.

ECONOMIA DE SUBSISTENCIA

El medio ambiente esmeraldeño se caracteriza por un clima de tipo forestal lluvioso condicionado por la presencia en la costa de dos corrientes marítimas, la fría y seca de Humboldt, que corre de mayo a noviembre, y la cálida del Niño, que corre de diciembre a abril. La pluviosidad media supera con regularidad los 2000 mm. anuales. La vegetación es típica sobre todo por los manglares y, junto a éstos, cedros, palmeras,

guabas, laureles, balsa, etc. La fauna es muy variada, destacando diversos géneros de marsupiales, murciélagos, monos, ratas, conejos, jaguar, ocelote, ciervos, pecaris, armadillos, perezosos, iguanas, etc. (véase Acosta-Solís 1965).

Las facilidades de un medio de esta clase para la población arqueológica presentan matices que hay que destacar. Los cortes edáficos en los cauces de los ríos y esteros han mostrado un suelo agrícola delgado sobre materiales arcillosos, arena o piedras. A pesar de la variada y rica vegetación de la zona, los suelos tienen parecidos problemas a los del bosque tropical lluvioso de otras regiones americanas. Este hecho condicionaba el patrón de asentamiento y las fórmulas de organización social e integración política, pero además impulsaba la explotación de los recursos alimenticios marítimos y fluviales, con insistencia en las actividades de pesca y recolección de moluscos. Sin embargo, los materiales para la construcción de viviendas, embarcaciones y todo tipo de utensilios domésticos se ofrecían de manera natural en las mejores condiciones. El clima, cálido y húmedo, aunque templado por su proximidad al mar, impondría determinados hábitos de edificación y vestido, como sigue sucediendo hasta la actualidad en las comunidades que ocupan la franja costera entre Punta Galera y el río Mira.

En Esmeraldas debió ser relativamente importante la agricultura del maíz. No poseemos datos sobre las razas prehispánicas ni se han preservado huellas de este cultígeno, pero juzgando por la vieja tradición de agricultores sedentarios, que arranca en la costa ecuatoriana desde los tiempos Valdivia, y sobre todo por la abundancia de manos, metates y otros artefactos de molienda en el registro arqueológico de algunos yacimientos como La Propicia, puede suponerse que el cultivo del maíz, seguramente con técnicas de roza, formaba parte de la economía de subsistencia de los antiguos esmeraldeños.

Por otro lado, el hallazgo frecuente de ralladores de cerámica, presumiblemente para mandioca, sugiere un cierto énfasis en este tipo de cultivo. La mandioca contiene 1 a 2 gr. de proteínas por cada 100 de raíz, mientras que el maíz posee 8 y 9 gr. por cada 100, esto hace que la producción del tubérculo deba verse compensada con la explotación de otros recursos, configurando una economía mixta en la que la rotación de actividades se ordena estacionalmente. La planta es altamente económica debido a su rendimiento, a que las hojas son consumidas como hortalizas, a que es fácilmente almacenable y se adapta a suelos diversos; pero la variedad amarga requiere de un complejo tecnológico para su procesamiento y, en todo caso, una dieta basada principalmente en la mandioca presenta deficiencias nutritivas que pueden traer consigo un elevado número de enfermedades. Dada la proximidad al mar del sitio La Propicia,

parece lógico pensar que los habitantes de los cauces de los ríos interiores pasaban ciertas temporadas en las playas recolectando moluscos y pescando. El descubrimiento en Balao de conjuntos de fuegos nos hizo pensar que los moluscos o el pescado eran ahumados *in situ* para ser posteriormente transportados a los lugares de destino. Sin embargo, las fechas absolutas de estos hogares, en el siglo X de nuestra Era, los alejaba definitivamente del momento de ocupación de La Propicia. Además, los cálculos sobre las conchas excavadas en el asentamiento fluvial daban un total de 1.240,11 kg. de carne fresca para todo el yacimiento, lo que suponía un consumo de 0,12 gramos diarios por persona según la población total estimada para el período de ocupación, cantidad a todas luces insuficiente para balancear una dieta a base de mandioca. Queda la posibilidad de que existan en las proximidades de Balao los campamentos estacionales de las gentes del interior, o bien que la caza tuviera más importancia de la que se puede hasta ahora deducir por los escasos restos de huesos animales identificados en las trincheras excavadas.

Si el tipo de subsistencia de los habitantes de La Propicia plantea problemas todavía no resueltos, lo que puede afirmarse con seguridad es que las gentes que vivían hacia el año 1000 de nuestra Era en la costa esmeraldeña han dejado poderosas huellas de su relación con el mar. En los basurales se han podido identificar muchas de las especies de moluscos de consumo corriente: *Ostrea*, *Donax panamensis*, *Anadara grandis*, *Natica unifasciata*, *Lunarca brevifrons*, *Oliva polpasta*, *Arca pacifica*, *Cipraea cervinata*, *Conus patricius*, y *Polymesoda fontainei*, entre otros. Restos de crustáceos y espinas de peces contribuyen también a establecer la estrecha dependencia de los recursos marinos, y todos estos restos llegan a formar auténticos concheros de varios metros de espesor.

Desgraciadamente, el clima de la región ha hecho desaparecer la mayor parte del instrumental especializado de los pescadores, en contraste con lo sucedido en otras áreas como la costa peruana. Sólo algunos posibles anzuelos de concha, y varios tipos de artefactos de piedra cuya morfología los hace útiles para abrir o romper la dura concha de los moluscos, atestiguan esta actividad económica que aquí creemos era fundamental. Podemos sugerir, por tanto, que la pesca se realizaba con redes y flotadores de madera, quizás con nasas o artes particulares de fibra vegetal, que la recolección de moluscos pudo llevarse a cabo en los manglares o en las mismas playas, o bien mediante una navegación de bajura para la cual los esmeraldeños estarían perfectamente equipados, aunque no podamos todavía individualizar los artefactos que sirvieron para talar y vaciar los troncos, terminar las canoas, pulir y cortar los remos etc.

En resumen, estamos ante dos tipos de adaptación claramente diferenciados. La ausencia de ralladores en los sitios propiamente costeros, de los

que Balao es un ejemplo significativo, y la escasez de conchas en los del interior, junto con otras diferencias ergológicas, permiten asegurar que dos poblaciones prehispánicas en situaciones cronológicas diferentes pero sucesivas, especializaron su economía de subsistencia en la explotación de los recursos de sus respectivos nichos ecológicos. Agricultura del maíz y de tubérculos, y pesca y recolección de moluscos parecen ser los patrones característicos de ambos modelos. En el primer caso, la caza, posiblemente de venados y otros mamíferos y roedores, y la recolección de plantas silvestres, sería el complemento de la dieta, recurriendo en ocasiones a los alimentos marinos obtenidos quizás por vía de intercambio. En el caso de los pescadores, es seguro su conocimiento de las técnicas agrícolas pero no se han recuperado artefactos de molienda ni ralladores, por lo que suponemos que esta actividad se orientaba especialmente a la producción de fibras textiles.

Por último, hay que señalar que algunos ralladores pudieron tener función ceremonial, como sugiere incluso más explícitamente la morfología de algunos ejemplares del sitio La Tolita. La ritualización del proceso de transformación de alimentos sería una prueba adicional de la importancia de su producción. Hay que tener en cuenta también la presencia en Colombia y sectores de la costa ecuatoriana de las lomas de cultivo conocidas como *ridged fields* (West 1959: 279), principalmente usadas en el cultivo de tubérculos. Las ventajas de este tipo de agricultura son su mejor drenaje y que, al mezclar restos vegetales con la tierra durante su construcción, se favorece la fertilidad y resulta una estructura del suelo suelta o floja, muy favorable para el crecimiento de la mandioca. Exploraciones aéreas sistemáticas de la región podrían detectar antiguos campos de cultivo de esta clase.

PRODUCCION ARTESANAL PARA EL CONSUMO LOCAL

Los cultivos industriales parecen reducidos al algodón, que se manufacturaba para confeccionar atuendos habituales y de ceremonia. La abundancia de torteros o fusayolas en los yacimientos es prueba de esta actividad, seguramente a cargo de las mujeres, y que no trascendería en muchos casos el ámbito de las unidades domésticas de habitación. Artesanos, probablemente de medio tiempo, excepto quizás en aquellos asentamientos con carácter parcial de centro ceremonial, como La Tolita, trabajaban la arcilla para producir un amplio conjunto de objetos de uso doméstico, como recipientes, ralladores y torteros, y símbolos de status o artefactos de índole ritual como figuritas, máscaras, placas, incensarios, adornos, sellos o pintaderas, etc.

La piedra de origen volcánico marino era la materia prima con la que se hacían molinos, metates, machacadores, pulidores, etc., y con otras piedras duras se obtenían hachas de diversas formas y tamaños, aunque predominan por lo general las de talón y sección ovalada. Otros objetos artesanales son de concha (colgantes, chaquiras y adornos variados) y de hueso (aguja, punzones o leznas). Un lugar especial merece la metalurgia prehispánica de Esmeraldas. El trabajo del oro es una de las ocupaciones fundamentales que relacionamos con los antiguos habitantes de La Tolita. Se producían orejeras, narigueras, bezotes, adornos frontales, collares, placas, pectorales, anillos, etc. Un hecho destacable es que el oro de este sitio arqueológico de la desembocadura del río Santiago es sólo y precisamente “arqueológico”, es decir que su presencia en La Tolita se debe a que fue acarreado desde las regiones interiores, por lo menos a 60 kilómetros de los talleres en que se trabajaba y de las gentes que iban a utilizarlo (Mosquera 1949: 18). La presencia de gran cantidad de objetos de oro manufacturados en este yacimiento sugiere, sin embargo, otras interpretaciones que avalan el carácter de “espacio sagrado” que atribuimos al menos a un sector de la isla. Es posible que tales objetos fueran trabajados en otros lugares y llevados allí para ser depositados como ofrenda, o para cubrir un tributo exigido por los practicadores religiosos, los cuales probablemente ejercían también un cierto control sociopolítico. Sea como fuere, esto evidencia el activo tráfico del metal a través de los ríos y, dada la frecuencia con que aparece en la capa arqueológica de unos 30 cms. de espesor, la riqueza de los lugares de donde era extraído. Aún hoy se lava oro en muchos ríos de la región y, junto con Perú, Colombia y Centroamérica, Esmeraldas debió ser una de las áreas donde el trabajo de este metal y sus connotaciones sociales estuvieron más desarrollados.

EL INTERCAMBIO COMERCIAL

En otro lugar hemos apuntado la posibilidad de que varias de las manufacturas realizadas en los más importantes sitios arqueológicos de Esmeraldas se debieran a los intereses del comercio (Rivera 1972: 23). En realidad, hay pruebas en las excavaciones llevadas a cabo por la Misión Española de que existió en época prehispánica un activo intercambio de bienes naturales o transformados entre las diferentes zonas en que la región puede dividirse, y entre Esmeraldas y la sierra ecuatoriana, desarrollándose el movimiento comercial a través de mercados locales, hacia los que se canalizaría el flujo de excedentes domésticos, y de “puertos comerciales” en los que un comercio institucionalizado y controlado socialmente proveería de bienes transportados desde largas distancias por mercaderes

profesionales. En el primer caso, alimentos y manufacturas locales serían probablemente los rubros principales en el trueque, mientras que en el segundo las diferencias ecológicas regionales, con sus procesos subsecuentes de especialización agrícola y oferta de materias primas, junto con la producción masiva de objetos relacionados con el ornamento personal y el ceremonialismo, serían los factores determinantes de una red de relaciones intergrupales de amplio espectro sobre extensas áreas territoriales. La abundancia de moldes y figuritas moldeadas señala hacia esa producción masiva, y, por otra parte, la expansión de la influencia estilística de La Tolita puede explicarse en base a los mecanismos de interacción económica entre grupos diversos y relativamente autónomos. Varias clases de representaciones en arcilla encontradas en el sitio de La Propicia, en la confluencia de los ríos Esmeraldas y Tiaone, son de origen seguramente norteño y deben proceder de la franja costera que incluye La Tolita en el Ecuador y Tumaco en Colombia. Lo mismo podemos decir de las piezas de orfebrería que aparecen con menor frecuencia desde el Esmeraldas hasta Punta Galera. En cualquier caso, La Tolita, por sus peculiares características geográficas y culturales, pudo ser el centro de una red de comercio que conectara la costa norte con Manabí y Guayaquil y, siguiendo un camino todavía desconocido — pero seguramente navegando por los ríos, de la misma forma que se emplearía la navegación marítima para unir los sitios costeros — con la sierra de Imbabura o El Carchi. La capacidad como navegantes de los esmeraldeños está bien probada en el registro arqueológico (se han hallado canoas y remeros de cerámica), en el etnográfico (el río es el camino principal de comunicación e intercambio para los cayapas actuales), y en el histórico (son numerosas las referencias en las fuentes coloniales). Indudablemente, de la sierra proceden materias como la obsidiana y seguramente la sal, la primera relativamente abundante en la costa en forma de pequeñas lascas y utensilios. La producción y tráfico de objetos cerámicos y orfebrería constituiría para las gentes de La Tolita una vía de salida al excedente de mano de obra agrícola y un *input* de mercancías de primera necesidad.

ORGANIZACION SOCIO-ECONOMICA

De los datos a nuestra disposición podemos inferir una cierta especialización funcional en segmentos económicos del cuerpo social en la Esmeraldas prehispánica. Seguramente, algunas zonas alcanzaron el nivel de jefaturas o señoríos (*chiefdoms*) debido al control de la producción y a la comercialización de determinados bienes (véase Rivera 1972: 19). La abundancia de símbolos religiosos y de status en lugares como La

Tolita, La Propicia y Atacames, nos sugiere para los períodos de Desarrollo Regional e Integración un cierto grado de diversificación social, en el sentido de que un grupo cada vez más numeroso dejaba de tener actividades relacionadas con la consecución de alimentos para ocuparse de funciones religiosas o estrictamente administrativas. Entre este segmento y el propiamente campesino quedarían los artesanos, cuya dedicación en su mayor parte no sería total, que producían los objetos que iban a ser consumidos o intercambiados con otros grupos menos desarrollados del entorno. Es evidente, sin embargo, que la metalurgia del oro, la plata y el platino, que alcanzó en Esmeraldas elevados niveles técnicos y calidades artísticas poco frecuentes entre los pueblos prehistóricos americanos, requería de un aprendizaje, una dedicación y una finalidad, no compatibles con el tipo de vida del agricultor inserto en una estructura social de aldeas dispersas y prácticamente autosuficientes.

Igualmente, podemos suponer que algunos mercaderes que cubrían grandes distancias por tierra o por mar llevando productos de particular significación económica (véase Jijón y Caamaño 1941: 89 - 94), ocupaban un puesto intermedio en el incipiente sistema de estratificación esmeraldeño. Lo que todavía se escapa a nuestras inferencias es la posible conexión entre el rol político de los caciques y gobernantes y el control que pudieron ejercer sobre el tráfico comercial y las ganancias que de él se derivaban. Sin embargo, sólo aceptando esta relación podemos identificar a algunos yacimientos arqueológicos como asentamientos funcional y económicamente especializados, y justificar el singular apogeo cultural que conocieron en época prehispánica.

De la significación del intercambio comercial como factor de interdependencia e integración social tenemos algunos datos en los escritores coloniales, que pueden perfectamente extrapolarse a períodos algo más antiguos. En Jiménez de la Espada (1897) hay un apéndice (pág. CXXXIV y siguientes) en el que se incluye la "Relación de las Provincias de las Esmeraldas que fué a pacificar el capitán Andrés Contero." El autor de esta "Relación" señala que Contero, en su camino hacia la costa, y después de fundar la ciudad de Castro, encontró indios que comerciaban taleguillas de sal cambiándolas por oro, algodón, ají y pescado seco; y más adelante escribe: "Dicen que hay un pueblo grande que se llama Císcala, que tiene paz con todas las demás provincias, y aquel pueblo es seguro a todos, y allí se hacen ferias o mercado, y los Tacamas traen oro y esmeraldas a vender, y los Campaces y Piches llevan sal y pescado, y los Bali-quiamas llevan ropa y algodón y hacen allí sus mercados." Esta última división es reflejo, como señala Hartmann (1971: 217) y hemos apuntado nosotros antes, de las distintas posibilidades de producción, y también de las características de la demanda en las diversas regiones. El hecho de

que este Císcala fuera un lugar en paz y accesible a todos los grupos, denota el interés de los segmentos dirigentes en contar con una zona “franca” en la que llevar a cabo una actividad comercial que era indispensable para su supervivencia. Otras menciones al importante comercio precolombino en la costa del Pacífico, desde Colombia a Perú, podemos extraerlas de la “Relación” de Sámano-Xerez y de Andagoya (citados por Rostworowski 1970). Es difícil dilucidar, en todo caso, hasta qué punto la base del movimiento comercial, y del status correspondiente de los mercaderes, giraba en torno a ciertos productos de fuerte demanda, como las conchas (*mullu*) que sólo se obtenían en zonas muy localizadas y que, de alguna manera, pudieron muy bien constituir una medida para el intercambio o un tipo particular de moneda. Aunque la mayoría de las noticias coloniales se pronuncian por un trueque diversificado, con un amplio capítulo de bienes naturales y objetos manufacturados (tejidos, recipientes, figuritas, sal, pescado, ají, conchas, oro, plata, cobre, piedras, etc.), parece innegable que ciertos productos gozaban de una amplia y constante demanda.

Con todo ello, creemos que se puede conceder la calificación de “puerto comercial” (*port of trade*) a los lugares que, como Císcala (¿La Tolita?), servían de centro al que los mercaderes especializados acudían a realizar sus intercambios, a veces desde lejanos lugares. Puerto comercial, como lo entiende por ejemplo Anne Chapman (1957: 115) para Mesoamérica — aunque muchas de las características de estos sitios mesoamericanos no pueden sugerirse, o deben ser plenamente descartadas, para el Ecuador — son aquellos poblados o ciudades cuya función específica fue servir como lugar de reunión de comerciantes extranjeros a la propia localidad, que por lo general era autónoma en lo político si bien se beneficiaba de su carácter de enclave neutral organizador del intercambio entre grupos vecinos o distantes. Es evidente que La Tolita, en el estuario que forma la desembocadura del Santiago, presenta un emplazamiento idóneo como centro polarizador de rutas comerciales, tanto marítimas como fluviales, aspecto éste en el que se asemeja a los principales puertos mesoamericanos, como Xicalango o la zona del Ulúa. Allí llegaría el cobre peruano, la sal de la sierra, el oro de los ríos interiores, y la mandioca, el maíz y las conchas de las aldeas diseminadas por toda la región. Quizás también allí sufrirían las materias primas el proceso de transformación que las revalorizaba con vistas a ulteriores intercambios. De algún modo, los jefes político-religiosos obtenían una ganancia de este sistema económico, impulsando a la vez la necesaria división del trabajo y reglamentando los contactos con los demás grupos esmeraldeños que sabemos estaban dentro de su área de influencia.

CONCLUSIONES

Hemos pretendido solamente esbozar algunos de los resultados hacia los que tiende la elaboración actual de los datos obtenidos en las seis campañas de excavación y exploración de la Misión Española en Esmeraldas. Como señalábamos al principio de este trabajo, se trata de hacer un alto en el camino y recapitular poniendo en orden algunas ideas antes de seguir adelante con el estudio de los materiales. Nuestras sugerencias sobre la economía prehispánica de la región investigada se resumen en el papel central que debió jugar La Tolita, y posiblemente más tarde Atacames, en la organización de un sistema productivo y una red de relaciones comerciales que dieron lugar al surgimiento de fases culturales bien diferenciadas con un nivel de desarrollo semejante al de las manifestaciones manabitas o de la zona del Guayas. Contrariamente a estas últimas, situadas en un medio mucho más favorable, pensamos que el peculiar proceso esmeraldeño encuentra su justificación en la integración y complementariedad de los subsistemas económico, político y religioso, y en la especialización socio-económica de algunos asentamientos. Exploraciones intensivas entre el río Esmeraldas y la frontera colombiana ayudarían a perfilar decisivamente el somero esquema, que puede ser la base de un futuro modelo, aquí presentado.

Advertencia: El presente trabajo y, por lo tanto, también sus datos y su bibliografía, corresponden a la finalización de los trabajos de campo de la Misión Española en el Ecuador, el año 1974.

BIBLIOGRAFIA

Acosta-Solís, Misael

- 1965 *Los recursos naturales del Ecuador y su conservación: I. El medio geográfico ecuatoriano*. México.

Alcina Franch, José

- 1973 "El proyecto de arqueología de Esmeraldas." En *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 56 (121): 55 – 76, Quito.

Alcina Franch, José, y Miguel Rivera Dorado

- 1971 "Exploración arqueológica en la costa de Esmeraldas, Ecuador." En *Revista Española de Antropología Americana*, 6: 125 – 142, Madrid.

Chapman, Anne M.

- 1957 "Port of Trade Enclaves in Aztec and Maya Civilizations." En *Trade and Market in the Early Empires*, págs. 114 – 153, New York.

Hartmann, Roswith

- 1971 "Mercados y ferias prehispánicos en el área andina." En *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 54 (118): 214 – 236, Quito.

Jijón y Caamaño, Jacinto

- 1941 *El Ecuador interandino y occidental*. Vol. 2, Quito.

Jiménez de la Espada, Marcos

- 1897 *Relaciones geográficas de Indias*. Vol. 3, Madrid.

Mosquera, C. F.

- 1949 "Viaje de reconocimiento y estudio por el río Santiago (Provincia de Esmeraldas)." En *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales*, 2 (18/19): 15 – 24, Quito.

Rivera Dorado, Miguel

- 1972 "Hipótesis sobre relaciones entre Mesoamérica y el Area Andina Septentrional." En *Revista Española de Antropología Americana*, 7.2: 19 – 32, Madrid.

Rostworowski, María

- 1970 "Mercaderes del Valle de Chíncha: un documento y unos comentarios." En *Revista Española de Antropología Americana*, 5: 137 – 177, Madrid.

West, Robert C.

- 1959 "Ridge or 'Era' Agriculture in the Colombian Andes." En *XXXIII Congreso Internacional de Americanistas. Actas y Memorias*, 1: 279 – 282, San José.

